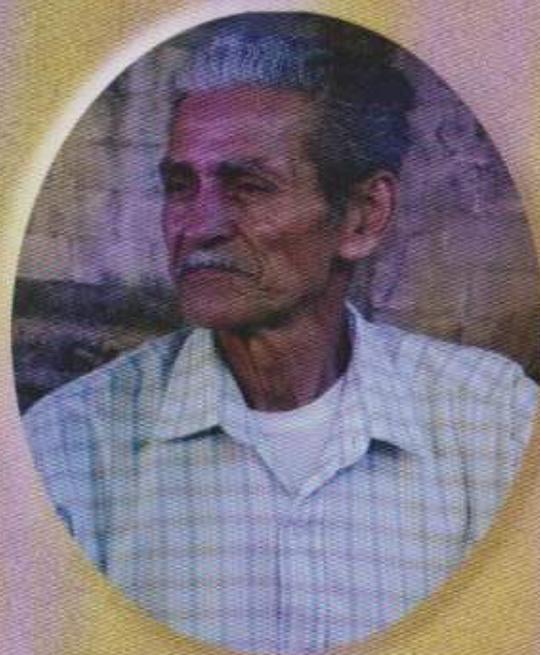


Las investigaciones antropológicas se han centrado en el estudio de amplios fenómenos que afectan los pueblos que conviven en Guatemala. Sin embargo, la historia se escribe en minúsculas y la realidad antropológica también. Este es el aporte del libro sobre Francisco Edmundo Vásquez Cardona, un artesano que se dedica a la elaboración de fustes en el municipio de Chiquimulilla, departamento de Santa Rosa, y cuya historia de vida reproduce, en gran medida, la forma de subsistir de muchos artesanos del país, quienes dan permanencia a las formas culturales que identifican a Guatemala de entre todos los países del mundo.

Dr. Anibal Chajón
CEFOL



Historia de un fustero tradicional



Aracely Esquivel Vásquez



Historia de un fustero tradicional
Aracely Esquivel Vásquez

Historia de un fustero tradicional
Una vida de esfuerzo y superación



Historia de un fustero tradicional
Una vida de esfuerzo y superación

Aracely Esquivel Vásquez

Diagramación de cubierta y contracubierta: Mayra Hernández

Diagramación de interiores: Mayra Hernández

Fotografías de cubierta y contracubierta: Aracely Esquivel Vásquez

Fotografías de interiores: Aracely Esquivel Vásquez, René Rodríguez Esquivel y Arturo Matas Oria

Corrector de estilo: Anibal Chajón

Edición al cuidado de: Guillermo A. Vásquez González y Aracely Esquivel Vásquez

© Aracely Esquivel Vásquez

© CEFOL-USAC

Impreso en Guatemala por

Litografía Jireh Tel.: 2230-3438 2253-7633

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotografía, por registro y otros métodos, sin la autorización previa y por escrito por los titulares del copyright.



2007



Centro de Estudios Folklóricos, USAC

Avenida La Reforma, 0-09 zona 10,
teléfonos: 2331-9171 2361-9260 · Fax: 23603952
Correo electrónico: cefolprivado@intelnet.net.gt

Presentación

El movimiento folklórico ha producido muchos desarrollos a lo largo del siglo XX en Guatemala, desde la década de los años treinta hasta

Centro de Estudios Folklóricos
Universidad de San Carlos de Guatemala

Colección Breve
Volumen 17

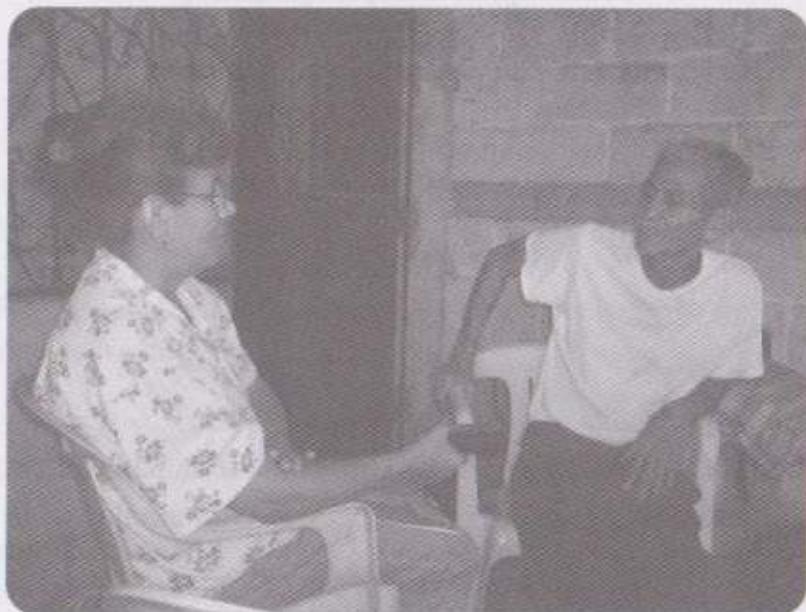


CEFOL-USAC
Guatemala



Universidad de San Carlos
de Guatemala

© Aracely Esquivel Vásquez



Don Edmundo relata su vida a la investigadora, en su casa de habitación.

Presentación

La investigación antropológica ha producido notables descubrimientos a lo largo del siglo XX en Guatemala, desde la religiosidad de las comunidades rurales, hasta el significado de las comidas y desde la distribución horaria de las actividades hasta las relaciones de parentesco. Todo ese cúmulo de investigaciones ha permitido comprender, de manera más adecuada, las formas culturales de los pueblos que conviven en el territorio guatemalteco.

Dentro de ese contexto, desde 2000, la antropóloga Aracely Esquivel Vásquez ha incursionado en el estudio de las historias de vida de personas dedicadas a las artesanías para comprender el entorno cultural en el que se desenvuelve el proceso artesanal, no desde la perspectiva del etnógrafo tradicional, que se limitaba a describir las características de la artesanía o sus implicaciones económicas, sino desde el punto de vista humano, el que viven día a día los portadores de la cultura.

Gracias a su insaciable curiosidad, la investigadora logra, en cada historia de vida, extraer de los informantes detalles sobre su pasado que ayudan a comprender los motivos y circunstancias por los que un ser humano decide dedicarse a una labor tradicional. Muchas razones son sentimentales, otras son familiares y todas son personales. Cada individuo toma la decisión de elaborar artesanías con la conciencia de que se está continuando un proceso muy antiguo, relacionado con el conocimiento de personas mayores. Las descripciones de Esquivel Vásquez no se limitan a los procesos de

producción u obtención de materiales, sino a las consideraciones humanas que mueven a los y las artesanas. De manera que el lector encuentra un ser vivo, que siente, sufre y disfruta una vida en la que las artesanías son una parte fundamental de su existencia. En esta primera publicación dedicada exclusivamente a una historia de vida, la de un fustero del municipio de Chiquimulilla, departamento de Santa Rosa, Esquivel Vásquez logró captar algunos de los incidentes de la vida del entrevistado que se relacionan directamente con la historia nacional, con detalles de sufrimientos y privaciones que se pueden aplicar a numerosos niños y jóvenes de una Guatemala que a pasos tímidos intenta erradicar la violencia doméstica, pero sobre todo con la determinación de las personas para superar las dificultades y construir un futuro mejor.

Guatemala es así, está compuesta por personas que luchan y se esfuerzan, que no creen en la violencia sino en el empeño por buscar soluciones y emprender la forma de superar obstáculos. Es por ello que en este libro se presenta una aventura cotidiana, que relata los esfuerzos de un individuo concreto pero que refleja la realidad de millones de seres humanos.

Por ello, cuando se lee una historia de vida como ésta, la artesanía se ve con otros ojos, la del asombrado neófito que apenas vislumbra toda la riqueza cultural que se encuentra plasmada en unos centímetros de un artículo que, si antes parecía bello ahora luce excepcional, como el suelo y la gente que le da origen.

Dr. Anibal Chajón
Investigador-CEFOL

Introducción

Para efectuar este ensayo se utilizó la técnica del estudio de vida que ha sido empleada por la antropología para tener una mayor aproximación a la realidad de aquellos grupos sociales alejados de las esferas de poder y que por ello no han dejado testimonio escrito de su experiencia y su participación en la vida cotidiana de la sociedad y cuya existencia se entrelaza con los hechos históricos que han cambiado el curso de su propia existencia.

Por eso el estudio de vida enriquece el relato descriptivo de un proceso artesanal, pues no se basa solo en la descripción técnica del proceso de su desarrollo y su comercialización, sino que involucra al artesano en los conflictos personales, sociales y económicos que se desarrollan en la sociedad alrededor de su propia existencia, y de la cual, él es un autor y sujeto portador de la tradición, permitiendo descubrir las manifestaciones de discriminación y clase que actuaron en su vida, así como los hechos históricos en la que estuvo envuelta y las condicionantes de su cultura que permitieron las estrategias de supervivencia que marcan tan extraordinarias vidas, lo que enriquece el relato del surgimiento de las formas artesanales, su evolución y desarrollo desde un punto de vista más humano e integrado a su realidad sociocultural y económica.

El fuste es el más importante de los accesorios que requieren los talabarteros para elaborar las sillas de montar. Los fustes o arzones, consisten en una armadura de madera que es la que da forma y rigidez a las monturas. Esta pieza se incluye dentro de las expresiones

artísticas que forman parte de las artesanías populares guatemaltecas y que son expresiones de carácter plástico, dotadas de atributos estéticos, tradicionales, de tipo utilitario y anónimo, y que debe su creación a un taller donde laboran uno o varios artesanos organizados jerárquicamente y con salario fijo ya sea por día de trabajo sujeto a jornadas o por unidades elaboradas.

En este marco teórico, la vida del maestro artesano don Francisco Edmundo Vásquez Cardona, fustero de Chiquimulilla población del departamento de Santa Rosa, es extraordinaria. Superando un impedimento físico y muchas adversidades en su vida, logró situarse como el maestro fustero más importante de Chiquimulilla por el dominio de la técnica de la carpintería y la calidad del producto que elabora, lo que es reconocido por los talabarteros locales y de Taxisco, quienes compran su producto, así como vendedores de otras regiones del país que incluyen comercios del Mercado Central y la Terminal de la ciudad de Guatemala y Quetzaltenango. Don Edmundo también ha logrado exportar sus fustes a México, Estados Unidos, Honduras y El Salvador. Esta vida de éxitos es producto de un esfuerzo que representó una larga cadena de sufrimientos.

Una familia de artesanos

Don Francisco Edmundo Vásquez Cardona nació en Chiquimulilla el 4 de diciembre de 1934. Es hijo de José Domingo Vásquez y de Etelvina Cardona. Sus padres aún están vivos. Don José Domingo vivía con él en Chiquimulilla, pero en *un descuido que tuvo, salió sólo de la casa y lo atropelló un carro*, por esa razón ahora vive con un hermanastro de don Edmundo en Escuintla, quien lo está atendiendo ya que, cuando ocurrió el accidente, don Edmundo se encontraba enfermo y por ese motivo no le fue posible cuidarlo. Ahora, don Edmundo vive solo y, a veces, llega su hijo mayor a visitarlo. Su madre doña Etelvina Cardona tiene actualmente 82 años de edad y vive en la playa de Monterrico en un lugar llamado El Pumpo.

Don Edmundo tiene otro hermano de nombre Augusto, es pastor evangélico y vive en la capital, en la colonia Bethania.

Además de su hermano, tiene varios hermanastros de las diferentes parejas que tuvieron su padre y su madre. El mayor de todos es don Edmundo. Sus padres se separaron y del segundo matrimonio, don José Domingo tuvo un hijo. Del tercer matrimonio tuvo 9 hijos más. De estos hijos, cuatro son mujeres y cinco hombres. Siendo la mayor Adelina y Nidia, la menor. De las hermanas han fallecido dos: Gloria e Isabel. Los hermanos son: Jorge, José Domingo, Oscar, Tulio y Reinaldo. La madre de estos 9 hermanastros ya falleció. De este grupo de hermanos ninguno aprendió la carpintería, los hombres se dedican a la mecánica y las mujeres son amas de casa.

Del segundo matrimonio de su madre, don Edmundo tiene cinco hermanastros más, que son: Celso, María Luisa, Lidia, Rutilia e Hilda. El segundo esposo de su mamá también ya falleció y, ahora, vive sola con sus hijos. En los años de su juventud, su madre se dedicaba a los oficios domésticos y le gustaba ir a vender víveres a las aldeas de Chiquimulilla.

El padre de don Edmundo, se dedicaba a la carpintería y fustería. Además, sembraba maíz y frijol. Desconoce don Edmundo si su abuelo paterno se dedicaba a la carpintería porque la labor de su abuelo era la agricultura. Su padre aprendió el oficio de carpintero de don Miguel Segura que ya falleció. Según indicó, *Antiguamente no se hacían fustes debido a que antiguamente usaban solo alfardas de cuero crudo.*

Don Edmundo no sabe cómo aprendió a hacer fustes el señor Segura. Dice que aún lo conoció pues lo visitaba cuando era niño. El señor Segura también sabía construir marimbas de las cuales donó una a la municipalidad del pueblo. Aunque, aparentemente, fue quien inició la fabricación de fustes en Chiquimulilla también existían otras dos personas que los elaboraban en el lugar. Eran don Francisco Sulin, quien además de fustero era herrero, y don Medardo Montepeque, que estaba casado con una hermana de su papá. Con el tiempo, don Edmundo trabajó en el taller de don Medardo. Se puede afirmar, entonces, que estos señores fueron los primeros fusteros del municipio de Chiquimulilla.

En esa época, además de su papá, aprendieron a fabricar fustes sus tíos Vicente Vásquez y Justo Vásquez ya que

ambos eran carpinteros; ahora ya fallecieron. Sus tíos también elaboraban marimbas y su tío *Chente* (Vicente) construyó una marimba que no sabe don Edmundo si la vendió o cambió por otra marimba en Quetzaltenango a la cual le puso por nombre *Quiché Winak*. *En esa marimba tocaban todos los hermanos de don José Domingo. El tío Chente, tío Justo, tío Felipe y tío Alejandro.* Excepto su padre, quien solo aprendió a fabricar fustes.

Sus primeros años

La niñez de don Edmundo fue trágica y muy triste. Sus padres vivían en Chiquimulilla cerca de donde vivía la abuela paterna. Su padre *tomaba mucho y constantemente peleaba con mi mamá. Cuando yo tenía ocho meses de edad, pelearon por mí pues los dos querían quedarse conmigo. Entonces, en esos pleitos, uno me agarró por el tronco y el otro por una pierna y me jalaban para quedarse conmigo. En uno de esos jalones me zafaron la pierna y no me curaron. Cuando llegó a tener la edad de dos años y medio, y quería caminar, no pudo, entonces lloraba. Al escuchar el llanto constante, su abuela se dio cuenta que tenía zafada la pierna. Su madre trató de llevarlo a curar pero, entonces no había médicos en Chiquimulilla y no hicieron nada y pasó el tiempo y quedé impedido.*

Dice que hace unos 30 años, cuando fue afectado por *gota reumática* un médico que lo atendió le dijo: *que en aquel entonces cuando le zafaron la pierna, era cierto que no había médicos en esa región, pero existían curanderos que llamaban 'parcheros' y que entablillaban y curaban a las personas y a uno de ellos pudieron*

haberlo llevado sus padres pero no lo llevaron; razón por la que quizás, Edmundo se salía de la casa y, como había una hamaca entre los mangales, se acostaba a dormir en esa hamaca. Una noche, ¡que si más me come un lagarto! Pues en ese entonces, abundaban en ese lugar. La suerte que me salvó fue que iba llegando mi papá y como él dejaba amarrada la hamaca, cuando llegó vio el bulto de la hamaca que estaba bajita y el animal que iba caminando directo hacia la hamaca; entonces pensó que yo estaba en la hamaca y le tiró una vara. Cuando el lagarto sintió el golpe, dio la vuelta y se regresó al agua.

Cuando don José Domingo llegó junto a la hamaca, dirigió la luz de una linterna que le llamaban de *resplandor* pues en ese tiempo no había lámparas de pila y era un bote que tenía un mechero atrás y una lámina volteada para alumbrar solo hacia delante. El padre reconoció que era su hijo el que estaba en la hamaca y le preguntó: *¿Por qué estás allí?* Él no le quiso decir la razón y su padre le dijo que no volviera a salir a acostarse en la noche en la hamaca. Si el padre no hubiese llegado a tiempo, el lagarto se lo hubiera comido. Después del incidente, el padre procedió a cocer el camarón que había agarrado.

Después de varias veces que la madrastra lo sacó de la cama, según contó, una noche, tuvo un sueño que no se le olvidó jamás. El sueño era: *que la señora lo había mandado a traer las tortillas y ellos vivían en el estero del lado del zanjón y del otro lado estaba el mar. Entonces las casas estaban donde pasaba el camino real y que ahora es la carretera. Entonces, para llegar a la casa en donde vendían las tortillas,*

tenía que pasar por un matorral y soñé que, en el matorral, había pateado una culebra y a morderme iba cuando pegué el brinco y salí corriendo. Cuando volteé a ver al camino, se apareció mi madrastra riéndose porque me había asustado y creí que la madrastra se había convertido en la culebra que me había asustado.

Al otro día, la madrastra lo mandó a traer las tortillas y tomó por el camino del monte alto y cuando sintió, había pateado una culebra y cuando vio que la culebra lo iba a morder, *pegué el brinco y salí corriendo.* Cuando regresó con las tortillas, le contó a la señora que le salió una culebra y que por suerte no lo mordió. La madrastra, *en lugar de consolarme, se echó a reír.* Al continuar contando lo sucedido, *más se reía de él.*

Al día siguiente, después de haber pasado el susto de la culebra, su papá, al regresar de la pesca, lo encontró de nuevo dormido en la hamaca y lo despertó. Don Edmundo se puso a llorar a lo cual el padre le preguntó: *¿Por qué estás llorando? ¡Si no me decís por qué estas llorando entonces te voy a cinchacear!* Entonces don Edmundo no tuvo otra alternativa que contarle que la mujer lo sacaba *a patadas de la cama y de la casa.* La razón era, dice don Edmundo *de que a la mujer la llegaba a visitar un amante y para que no me diera cuenta, o no le hiciera estorbo, me sacaba de la casa y por eso me despertaba a patadas.*

Después de escuchar el relato del hijo, el padre procedió, como de costumbre, a cocer el camarón y después que terminó con esa labor, *como a las cinco de la mañana,* entró a la vivienda y le preguntó a la mujer por qué lo había sacado a patadas de la casa. Entonces *la mujer*

le contestó mal y mi padre comenzó a golpearla. Por el alboroto que armaron, al rato llegó a meterse en la casa, con machete en mano, el amante de la señora con el fin de defenderla. Resultó que el amante, era una persona que vivía cerca de la casa. A la vecindad de la casa, vivía un señor amigo de su papá que era el alcalde auxiliar de la aldea y, cuando oyó el pleito, llegó con machete en mano y encontró a mi padre y al amante, ambos con machete a punto de enfrentarse a duelo. El alcalde auxiliar se interpuso entre los dos con su machete en la mano y le dijo al amante: '¡Mirá! Vos no tenías que venir a ofender a José Domingo. Porque vos estás cometiendo un error y da gracias a Dios que no te amarro y te llevo preso. Mejor ¡Andate! Si no querés que te vaya a dar' y le zampó dos planazos. Entonces le dijo a su papá: *Mirá Mingo, vos sos mi amigo. Esa mujer no te conviene. Allí está mi canoa y yo me he dado cuenta lo que hace con tu patojo y nunca te quise decir nada.* Después de escuchar a su amigo, el padre de don Edmundo tomó a la mujer con quien tenía un hijo como de unos 10 meses o un año y la mandó a dejar al otro lado del zanjón y se separaron.

Pasados ocho días, la mujer regresó de nuevo y don Edmundo con su papá abandonaron la casa y se fueron a vivir a otra casa para evitar a la mujer. Pero la abuela paterna de don Edmundo que también vivía en El Pumpo, se enteró que la mujer había regresado y que estaba en la antigua casa. La madre la llegó a buscar y la golpeó, ya que se había dado cuenta de lo que había hecho con su hijo cuando vivían en el Zanjón. Ante esta situación, la señora se fue de El Pumpo hacia la capital y don Edmundo y su papá se quedaron a vivir en ese lugar.

A los pocos meses de ese incidente, don José Domingo regresó a Chiquimulilla con su hijo y se dedicó a trabajar los fustes. Fue entonces cuando don Edmundo, que aún era niño, conoció al general Jorge Ubico, presidente de Guatemala en esa época. Recuerda que siempre se hacía acompañar de un perrito y la gente decía que el perrito le anunciaba si había peligro. Cuando Ubico visitó Chiquimulilla, por la carretera vieja que pasaba por Guazacapán y ahora es un camino que está abandonado, adornaron el pueblo, pues todos los pueblos por donde pasaba el dictador se adornaban.

Recuerda que, en su municipio, adornaron desde dos cuadras antes de entrar al pueblo y todo el recorrido dentro del pueblo. Adornaron con flores de *pompilio* (buganvilla) y de todas otras clases de flores propias de la región y ramas de coco. Indicó que a Ubico, la gente de Chiquimulilla, lo querían mucho porque en ese tiempo *no había ladrones y no pasaba nada malo y había dinero porque por donde quiera se encontraba uno el dinero.*

Después de un tiempo, su padre lo dejó con su abuela y se fue a trabajar a la ciudad de Guatemala pues se dedicaba a elaborar fustes con el señor Gregorio Monzón que era originario de Chiquimulilla y quien llamó a su papá y a su hermano Alejandro Vásquez para que fueran a trabajar en su taller elaborando fustes. Cuenta don Edmundo que el señor Monzón, tenía su casa construida sobre un *bordo* cerca de la línea del tren junto a lo que era el antiguo rastro de la capital y el taller estaba situado en un *plan arriba de la casa y para llegar había que subir por unas gradas en el paredón.*

Cuando don Edmundo tendría unos diez años su papá lo llevó a la ciudad de Guatemala, a una casa que habitaba cerca del Estadio Nacional y cuál no sería su sorpresa al llegar a la casa encontrar a su padre, que nuevamente estaba viviendo otra vez con la misma señora y no solo estaba ella sino que también había llevado a un tío que tenía ocho hijos y su padre era quien los mantenía a todos.

A don Edmundo no le quedó otra alternativa que comenzar a trabajar con su padre y se inició en el aprendizaje de lijar los fustes. Su tío Alejandro, se dio cuenta cómo estaban viviendo y le dijo a don Edmundo: '*¡Mirá pues! José Domingo por qué está manteniendo a esta gente que ni trabaja*'. '*¡Ay!*' Le dije, '*esa mujer a mi no me agrada. Esa mujer me dio mala vida. Me pegaba mucho y no me gusta*'. Don Alejandro contestó: '*Ahorita mismo hablo con José Domingo*'. Una noche se fueron a sentar al parque *La Concordia*, hoy *Gómez Carrillo*, y allí planearon con su papá y otro amigo cómo salir de la mujer. Para ello, el amigo de su papá habló con don Goyo el dueño de la casa donde estaban viviendo, que le mandara a su papá a la hora del almuerzo un papel en donde le dijera: '*¡Que le desocupara la casa y que trabajo ya no había!*' Así lo hicieron. En el período de almuerzo estaban cuando llegó la doméstica de don Goyo con un papel que entregó a don José Domingo, como no sabía leer, se lo dio a la mujer quien lo leyó en voz alta. Al terminar de leerlo, su padre tomó a la mujer y el resto de la familia y la llevó al *Mesón Concordia* que era el lugar donde llegaban y partían las camionetas de la capital para Chiquimulilla, las cuales hacían el recorrido dos veces a la semana. A partir de ese momento, su padre dejó a la mujer *de una vez*.

Al quedarse solo con su padre, se pasaron a vivir a una *casita* que estaba ubicada en un *barranco por la cuchilla donde pasaba el tren a un lado del rastro*. Cerca de este lugar, tenía el taller don Gregorio. En este lugar está hoy en día, el Teatro Nacional, junto al fuerte de San José y existía un campo en donde hacían ejercicios los soldados del fuerte y los de la Guardia de Honor.

Un día, la mujer fue a buscar a su papá y como no sabía en donde trabajaba, le preguntó a don Goyo y éste como sabía la situación le dijo que se había ido y que fuera a trabajar a Escuintla porque tal vez allá estaba trabajando José Domingo. La mujer, convencida que no estaba José Domingo, se fue a tomar el bus que la regresaría a Chiquimulilla y así se terminó toda relación con dicha señora. Cuando la mujer se alejó, don Gregorio fue a decirle al padre de don Edmundo: '*¡Por allí andaba la mujer buscándote Mingo! Pero yo le dije que te habías ido*'.

Con esta mujer solo tuvo un hijo, del que no sabe don Edmundo si vive en el Petén o en el parcelamiento La Máquina en Mazatenango. Hace como tres años que dicho señor visitó a Edmundo pues se reconocen como hermanos.

Estando en la casa ubicada en la cuchilla, su padre formó su tercer hogar y es la mamá de todos sus hermanastros que viven hoy en Escuintla y son: Adelina, Jorge, José Domingo, Oscar, Tulio y Reinaldo, a quien llaman *Cume*. Cuenta don Edmundo que en esta vivienda estaban cuando los sorprendió la revolución de Octubre de 1944. Según recuerda, se disparaban los fuertes de San José y la Guardia de Honor y, como

ellos vivían junto a San José, escuchaban cómo las balas caían como que si eran piedras sobre las láminas de las casas y dice: *Como estaban frías caían como piedritas*. Entonces su papá decidió regresar con su hijo y su nueva esposa a Escuintla en donde pasaron un tiempo durante la Revolución y, después, regresaron a Chiquimulilla.

Con el tiempo, su padre y familia se trasladaron nuevamente a Escuintla donde nació el primer hijo de la tercera esposa a quien le pusieron por nombre Adelina. Según refirió don Edmundo, esta mujer también lo trató mal. Recuerda que le pegaba y una vez lo acusó de *ladrón y que le robaba*. En una ocasión, los visitó una hermana de su nueva madrastra. La mujer instaló una tienda en el cuarto donde vivían con su papá. Cuando llegó la feria de Escuintla, que se celebra en el mes de diciembre, don Edmundo era quien acarrea sillitas y bancas para poner un comedor. Cuenta que en ese tiempo la gente dejaba tiradas muchas monedas las cuales recogía del suelo y las guardaba en la bolsa del pantalón. Pero una vez, la madrastra le dijo al padre que él se las robaba de la gaveta donde las guardaba y el padre lo creyó, no obstante que la bolsa del pantalón tenía tierra que se había llevado cuando las recogía.

Mi padre, me colgó de las manos en una viga y me dio una gran paliza. Mientras mi padre me pegaba, la señora me decía: ¿Verdad que de la gaveta sacaste las fichas? (monedas) Y me jalaba del pelo. Y yo le decía que sí, con tal de que me dejaran de pegar. Total, que la señora le hizo pagar a su papá lo que, supuestamente decía que le había robado, además de que se quedó con las monedas que él había encontrado.

Después, al padre le ofrecieron un trabajo en el puerto de San José para construir varias casas y unos cuartos de machiambre para un hotel, ya que en ese tiempo las casas se construían con madera. Entonces, llevó a don Edmundo y un día *sábado* le dijo: *'Mirá andate a Escuintla te vas a traer la ropa, andá traerme la ropa'*. *'Bueno', le dije y me fui a Escuintla.*

Su papá le compró el boleto del tren de ida y vuelta de San José a Escuintla, pues antes, según indicó, solo se viajaba en el tren y aunque había camionetas era más seguro en ese transporte. Al entrar al tren, le chequeaban el boleto de ida y vuelta y se lo dejaban para el retorno. Cuando el tren llegó a Escuintla, se dirigió directo a la casa y le dijo a la señora que iba por la ropa de su papá. La señora le contestó: *'¡Ah! ¡Vos no estás llevando nada!'* Después, le dijo que la ropa *no estaba lista, que no estaba planchada*. Don Edmundo dijo: *Tuve el presentimiento de que la mujer me podía quitar el boleto de regreso y lo hice un rollito muy pequeño y lo guardé en la bolsa del pantalón y no me lo quité para dormir.*

Al otro día, cuando despertó y se buscó el boleto, se encontró con que no lo tenía. *La señora me lo quitó cuando estaba profundamente dormido y como era niño no sentí cuando me lo quitó. Entonces, le dije que me regresaría a San José y la señora me dijo que no y me pegó un escobazo en la cabeza con el palo de la escoba que me dejó un chipuste (chichón) y me dijo: '¡Barré el patio y cuidá a la niña, voy a ir al mercado!'* Y me dejó encerrado con llave en la casa y así pasé tres días.

Con gran pena, se acostó y esa noche le pidió a San Antonio ya que según refirió, *antes creía mucho en Dios y en San Antonio del Monte. Entonces le pedí que me alumbrara dónde estaba guardado el boleto. Esa noche, soñé que se me apareció San Antonio y me dijo que entrara a la cocina y en una aberturita entre adobe y adobe, estaba metido el ticket y lo señaló con la mano.*

A don Edmundo *no se le borró el sueño de la mente.* A la mañana siguiente, se levantó temprano y, como la señora también se levantaba temprano, le ordenó que fuera a barrer el patio en lo que ella iba a comprar el pan. Cuando la señora salió a traer el pan, don Edmundo corrió y *se metió a la cocina y encontró el ticket tal como se lo había mostrado en el sueño San Antonio. Cuenta que no lo podía sacar porque la señora lo había metido algo profundo entre la abertura de los adobes, pero encontré un alambrito tirado y con eso lo pude sacar.* Ya con el boleto en la mano, se lo guardó en la bolsa y continuó barriendo y, después, se fue a cuidar a la hermanastra.

En eso, regresó la señora y, *como a las 9:30, escuché el pitazo del tren que en ese momento estaba llegando a Escuintla y minutos más tarde partiría al puerto. Dijo: ¡Yo me voy! Voy a ver cómo hago para irme.* Y la señora le dijo: *¡Qué!, ¡Vos no te vas!* Entonces le contestó: *Vaya* y ya no le dijo nada, guardó silencio. Pero don Edmundo estaba atento a escuchar nuevamente el pitazo del tren que anunciaba la salida para el puerto y como estaban a una distancia de *cuadra y media* de la estación del ferrocarril, se quedó cerca de la puerta y, cuando oyó el *pitazo*, salió corriendo y cuando llegó

a la estación con el último pitazo, el tren comenzaba a caminar y se subió *en el último vagón* y se fue. Los empleados de la Terminal del tren al ver que se subió corriendo y en el último vagón, le gritaron: *¡Patojo!* *Y solo saqué el ticket y se los mostré y ya no me dijeron nada.*

El tren llegó al puerto de San José como *a las doce y media o una de la tarde.* Su padre se enojó mucho porque no llevaba la ropa consigo. Le dijo que la señora no se la había querido dar y que además, le había pegado *por gusto.* El padre, muy molesto se fue a Escuintla en el mismo tren y regresó a las nueve de la noche. Cuando el padre regresó, ya estaba dormido y lo fue a despertar a *cinchazos*, ya que la señora le había dicho que *era un malcriado y que no había querido llevarse la ropa.* Pero don Edmundo le contó todo lo que le había hecho la señora hasta de esconderle el boleto para que no tuviera cómo regresar. Aclarado el incidente, continuaron en el puerto trabajando en la construcción. Cuando terminaron la obra, regresaron a Escuintla y la madrastra lo seguía *tratando mal y pegándole.*

Un día, llegó de visita una tía paterna, esposa de Medardo Montepeque, uno de los fusteros de Chiquimulilla. Don Edmundo, aprovechando la oportunidad de la visita le dijo: *Mirá Chabela, pues de vos la trataba, ¡Llévame! Es que aquí esta mujer mucho me pega.* *¡Ah sí?* le dijo la tía. *Pero ahorita no te llevo. Voy a venir el domingo, ¡Ay te alistás!* Don Edmundo cree que su tía le dijo a su papá que se lo llevaría y que no le dijera nada a la señora. Además, su tía le dijo al padre que su sobrino se había quejado de que la mujer mucho le pegaba y le dijo al padre:

¡Vos, también le pegás al patojo y le pegás por gusto! Entonces, la tía lo llevó con la abuela y estuvo con su abuela un tiempo. En ese período que pasó con la abuela, lo mandó a la escuela cuando tenía ocho años. Su primo Daniel Vásquez, que ya falleció, fue quien lo llevaba a estudiar.

Su madre nunca se enteró de lo que le tocó vivir ya que vivía lejos de San José y de Escuintla que fueron los lugares en donde vivió su calvario. Cuando tenía cuatro años, su madre llegaba a visitarlo porque su tía le mostró una foto donde aparecía con su mamá. En ese tiempo, cuando lo cuidaba la abuela, su madre lo quiso llevar para Guazacapán pues era el lugar en donde vivía con su familia, pero se regresó cuando iban, dice por *los cocales*, que era un lugar donde había muchos cocoteros. Don Edmundo quería mucho a su abuela y a su tío Felipe y por eso no quiso ir a vivir con su mamá. Nunca tuvo oportunidad para quejarse de la mala vida que le daban las madrastras. Por fin, cuando llegó a la edad de 16 años, la visitó por primera vez.

Cuenta don Edmundo que cuando vivió con su abuela, le ocurrió una cosa curiosa. En el patio de la casa había un *mangal* y para una Semana Santa, el jueves Santo, su abuela le dijo: *¡Cuidado con que vayas a ir a aporrear el palo de mango porque eso es pecado!* Pero no obedeció la orden que le dio la abuela y se fue a esconder atrás de la cocina y como de ver aquel *mangal* colgado del árbol, y los más grandes y hermosos arriba, no aguanté la tentación y comencé a apedrear el árbol y no había tirado tres pedradas cuando *¡Un airazo, un remolino!* Me arrastró bastante espacio pero me logre agarrar de un palo de Huilihuiste que había en el patio.

El viento que lo arrastró fue cosa de un instante y cuando sintió que el viento había pasado, corrió para refugiarse en la casa. En eso la abuela lo ve y de dijo: *¡Ya vas a ver, vos fuiste a apedrear el mangal! ¡Já! ¿Y por qué venis asustado?* A todo esto, don Edmundo, callado, no decía nada. En eso, se animó a hablar y le dijo: *Mire Abuelita ¿y aquí no pasó el ciclón?* A lo que la abuela preguntó: *¿Que ciclón?* Él le respondió: *¡El aire, el airazo que pasó allá cuando estaba yo en el campo!* Entonces la abuela le dijo: *Vos fuiste a apedrear el mangal! Pero esperate para el sábado, para pasado mañana, porque hoy es malo.*

Con la curiosidad de que el viento no pasó por la casa de la abuela, cuando se sentaron para tomar el almuerzo, nuevamente le preguntó a la abuela: *Pues sí abuelita, ¿Por aquí no pasó el aire pues?* A lo que la señora respondió: *No, aquí no hubo ningún aire.* Desde esa vez, tiene respeto por los días de la Semana Santa porque dice: *Como Dios es grande y al que lo desobedece lo castiga.*

Una tradición que recuerda cuando era pequeño, es que en el barrio a unas dos cuadras de su casa, existía un pozo al que le llamaban *de La Candelaria*. Para el 2 de febrero, se juntaba toda la gente del barrio para limpiarlo y era fiesta. El pozo surtía de agua *al barrio* pues antes no había agua entubada y la gente iba a traerla al pozo en cántaros que llenaban con guacales de morro pues tampoco existían las palanganas.

Para la limpieza del pozo, llevaban azadones para extraer el lodo que había acumulado durante el año. Y recuerda que mientras más lo limpiaban más borbollaba

el agua. Las mujeres le rezaban y quemaban incienso y lo adornaban con flores y dice que: mientras el mujeral cantaba y rezaba, se oía aquel canto de animales que brotaba del pozo. Perros ladrando, gallos cantando, mugidos de vacas, y viera ¡Qué bulla de los animales! Pero era un canto de alegría que se oía entre el pozo. ¡Era vivo! ¡Era encantado! Yo le decía a mi abuela: ¡Qué alegre se oía! Y mi abuela me decía que era un lugar santo.

En la actualidad el pozo ya no existe. Ahora es un río que se llama San Nicolás. El pozo fue destruido por una correntada que bajó según comenta, del Cerro La Virgen en el año de 1982 y que destruyó unas cincuenta casas a su paso.

La vida en la escuela

Cuenta don Edmundo que cuando llegó a la escuela en Chiquimulilla, estaba situada en donde hoy está el gimnasio y era una casa alquilada cerca del juzgado en la que estuvo poco tiempo porque después lo pasaron a estudiar a otra casa. Solamente fue a la escuela los dos primeros años, primero y segundo de primaria, suficientes, según dijo, *para aprender a escribir, ya que en ese tiempo, la educación era buena y enseñaban bastante bien los maestros.*

En la escuela conoció a muchos niños con los cuales hizo amistad, eran diez niños y entre ellos estaban sus primos Tito Vásquez, Juan José Vásquez y Miguel Vásquez. Cuenta que sus primos y él eran los más inteligentes de la clase. Dice que la mayoría de sus compañeros de clase ahora son profesionales. Entre

estos está uno que llegó a ser teniente coronel y que estuvo *a punto de que lo mataran*; don Francisco, que actualmente es carpintero y trabaja con él como operario del taller; Tito Escribá que *ya lo mataron*, Luis Felipe Rosales, que *es perito agrónomo*; Edwin Lara, que estudió *medicina y es farmacéutico*; René Arturo Lara Villegas, que le decían de apodo *Tata Chepe, es abogado*, y Héctor Pineda que le decían *Chucha Seca, es maestro*. Pero los más amigos eran: don Edmundo, Tito Escribá, René Lara, Edwin Lara y Felipe Rosales. *Era un grupo que el maestro puso en primera fila y en los primeros puestos frente al maestro.*

En la escuela no le daban cuadernos. Los hacía con papel de envolver o manila. Para ello, su papá le daba los dos centavos que valía el pliego de papel para que lo comprara, también hizo su regla. Cuenta que cuando estudió, se usaba la pizarra y el pizarrín para escribir en la pizarra. El libro de lectura que se usaba era el de *Mantilla*, que guardó por muchos años pero se le perdió. *Ahora ya no existe ese libro*. Con él, dice don Edmundo, *aprendieron a escribir hasta en letras góticas de distintas formas.*

Comenta que le gustó mucho la aritmética desde el principio de la escuela. Una vez, el maestro le dijo: *Mira Vásquez, estudia la tabla de multiplicar desde el uno hasta el diez*. La estudió y rápido se le quedó. Cuando llegaba la hora de estudiar aritmética todos los problemas que el maestro asignaba, los realizaba antes que el resto de los demás compañeros que no se sabían las tablas y le preguntaban *cómo te salió*. Cuando un compañero tenía un resultado diferente, don Edmundo le decía: *No la friegue usted, así no sale. Estudie las*

tablas de multiplicar así las hará bien. Comenta que a la hora del recreo, se preguntaban unos a otros sobre el resultado de los problemas y todos diferían. Al final, cuando tenían que pasar a mostrárselas al profesor, el que las tenía buenas siempre era don Edmundo y dice: *Yo era sobresaliente.*

Al segundo año de estar en la escuela se quedaron sin maestro porque hubo un cambio y sucedió *que llegaba un maestro y se iba y luego otro y así estuvimos un tiempo.* El padre, al darse cuenta de la irregularidad de los maestros, le dijo que ya no continuara estudiando y que mejor aprendiera a trabajar y así fue como dejó la escuela y se dedicó a trabajar en la carpintería.

Pasado un tiempo, durante el período en que fue presidente el coronel Jacobo Árbenz Guzmán, hubo escasez de maestros a pesar de que ya existía hasta el sexto grado de primaria en la escuela, solo había tres maestros para cubrir los seis años de la enseñanza primaria. Refiere que en su época de estudiante el número de estudiantes era pequeño. Su grupo de compañeros era de 35. En medio de esa situación, llegaron a Chiquimulilla dos maestros que se llamaban Tomás Gómez y Abraham Ixcamparic que eran de Quetzaltenango. A la llegada de los maestros, sus compañeros lo fueron a buscar para que regresara a la escuela y continuar los estudios. Pero lamentablemente no pudo regresar porque el padre ya no lo dejó. Sus amigos, no conformes con la respuesta, lo llevaron a conocer a los nuevos maestros pero igualmente no regresó.

Al dejar la escuela después de estudiar dos años y medio de primaria, con los cuales aprobó hasta el segundo año, don Edmundo empezó a trabajar con su papá que en ese entonces elaboraba fustes y ya tenía la experiencia de saber lijarlos pues ya lo había aprendido cuando residió en la ciudad de Guatemala. A los diez años de edad empezó a aprender la elaboración de los fustes. Pero como su papá tomaba mucho licor, no le enseñaba la técnica de elaborarlos y fue un operario que tenía su papá llamado Bernardino Pérez, a quien de cariño le decían *Nino*, y que aún vive, quien le enseñó a elaborar los fustes que con el correr del tiempo llegó a perfeccionar basándose en la observación de los fustes que aparecían en revistas que llegaban a sus manos. Cuenta que algunos finqueros de la región llegaban a las talabarterías con revistas españolas que eran catálogos de sillas de montar. Cuando a algún finquero le gustaba una silla que aparecía en la revista, la mostraba al talabartero y le solicitaba que le hiciera una parecida. De esa cuenta, los talabarteros solicitaban los fustes en el taller de su papá quien los elaboraba según el pedido. Y así, aprendieron a elaborar los distintos tipos de fustes que actualmente fabrican para vestir las sillas de montar.

De la misma manera, por medio de muestras que le llevaban los talabarteros o por revistas, aprendió don Edmundo a elaborar fustes para sillas tipo McClellan, peruana, tejana y galápago, para mujer y para hombre. *Antiguamente, se hacía mucho galápago ya que la mujer montaba de medio lado.* Actualmente ya casi no se usa, son muy pocas las mujeres que aún montan en su galápago para hacer faenas del campo o simplemente para trasladarse de un lugar a otro. Ahora las mujeres montan en bicicleta, moto, carro o simplemente caminan.

Don Edmundo cuenta que los fustes que se hacían antes no son los que se elaboran hoy. Los que se hacían anteriormente, eran los que llamaban de *tipo jarocho que tenían agachada la manzana y era el que más se fabricaba*. Ahora es raro que se produzca ese tipo de fuste. Se le llama manzana a la parte superior que constituye la cabeza del fuste. Las hay de varios estilos: tumbado, colima, poblano, de bola, También se elaboraba el fuste con manzana tipo tumbado, colima y poblano que, en la actualidad, aún son muy solicitados. Anteriormente, para su elaboración se usaba la madera de morro ya que es una madera de poco peso pero lamentablemente este árbol es muy escaso en la región y ahora se elaboran con madera de mango, cenízaro y cedro. En la época de su niñez, los fustes que se fabricaban eran para el comercio local. Se vendían a las talabarterías de Chiquimulilla y en el Mercado Central de la capital.

En su adolescencia, cuando don Edmundo trabajó con su papá, según contó, *era descalzo*. Un día, un tío le dijo: *Bueno vos, ¿Qué pasa? ¿Por qué no te calzás?* Él le contestó: *Porque mi papá no me compra zapatos*. A lo cual el tío le dijo: *¡Vos ya podés hacer fustes! ¿Por qué no trabajás en un taller donde te paguen por tu trabajo? Si sabés trabajar de operario buscá trabajo en un taller y con lo que ganés ya te podés vestir y calzar*.

Don Edmundo escuchó al tío y pensó en sus palabras ya que su padre no le pagaba nada por el trabajo que desempeñaba en el taller, bien podría buscar un trabajo en otro taller en donde devengara un salario. De esa manera, podría comprar zapatos. Aunque dice que no

le importaba ser descalzo porque en ese tiempo mucha gente era descalza y no pensaba ni siquiera en casarse.

Cuando ya fue capaz de hacer fustes, su padre lo dejó trabajando en la casa hasta producir lo suficiente para que el padre pudiera construir una casa en un sitio que le habían regalado. Para obtener el dinero de los materiales de la construcción, tenía que fabricar tres fustes diarios con el apoyo de un ayudante que trabajaba en el taller. Cuenta que el ayudante le pedía que lo enseñara a armar los fustes pero nunca pudo enseñarle porque el padre lo vigilaba constantemente y no tenía tiempo para enseñarle.

Cuando llegaba la época de la siembra dejaba de producir los fustes para dedicarse a preparar la tierra con el arado y los bueyes para sembrar arroz. Mientras tanto, su padre viajaba a la capital para vender los fustes fabricados por su hijo.

En ese entonces, don Edmundo *tendría unos 14 ó 15 años* y recuerda que, por el tiempo de la Liberación de 1954, aún trabajaba con su papá pero no le compraba nada y ni le daba dinero. Entonces, en una ocasión que el padre se fue a tomar licor, tomó la decisión de ir a trabajar como operario en el taller de don Medardo Montepeque que era el cuñado de su padre. Así fue como se independizó y comenzó su carrera como fustero. Además, como su padre no le pagaba ningún salario y, según comenta, ya tenía la necesidad de estar más presentable y buscar una novia para casarse, decidió trabajar en otro taller. En ese taller ganaba un quetzal por fuste terminado. Durante la semana, fabricaba seis fustes con lo que obtenía Q6.00 de salario a la semana.

Su tío, que le había aconsejado que buscara trabajo en otro taller, estaba complacido de ver a su sobrino trabajando alejado de su padre.

Cuando la señora de su padre se enteró que estaba recibiendo dinero por el trabajo, le exigió dinero para el gasto de la comida. Don Edmundo comenzó a dar todo lo que ganaba. *Mi tío se enteró y me regañó, me dijo: ¿Por qué le das todo el dinero a la mujer? ¡Vos, primero comprá tus zapatos! Mejor pasate a vivir a la casa, aquí vas a comer y no te voy a cobrar nada.* Entonces tomó la decisión de salir de la casa y cuenta que fue un gran relajo de la señora porque ya no tenía quien la mantuviera.

Estando en la casa de su tío, donde comía y dormía sin pagar nada, se sentía un poco incómodo y sin que el tío lo obligara, de su propia iniciativa, ayudaba a su tío en el beneficio de arroz. De esa cuenta, cada mañana, antes de ir al taller de carpintería, sacaba al patio 10 quintales de arroz y regaba el grano para que recibieran el sol. Al medio día, recogía los 10 quintales de arroz que ya estaba seco y de esa manera, ayudaba a su tío. Ya no le quedaba tiempo de visitar la casa de su papá y, no olvidando la situación que se creó cuando abandonó la casa, *no dejaba de sentirme molesto y siempre les llevaba unos Q3.00 a la semana para los gastos de la casa.*

En 1954, durante el gobierno de Jacobo Árbenz, se produjo un incidente que recuerda don Edmundo. Él trabajaba con don Medardo Montepeque y vivía donde su tío, y pudo observar cómo su tío ayudó a muchos campesinos porque tenía beneficios de arroz. Les daba

dinero anticipado para que le vendieran la cosecha, pero había unos campesinos que vivían del lado norte del pueblo *que solo le sacaban el dinero y no le vendían el arroz, sino que lo llevaban a otro beneficio del pueblo. Esos campesinos se afiliaron a los grupos agrarios pues la parte de arriba desde el parque hacia el norte, eran agraristas y les decían los mapaches. Y la parte de abajo del pueblo hacia el sur del parque, no eran agrarios y les decían los cangrejos y gritaban que los mapaches se iban a comer a los cangrejos.*

Los agrarios decían que la ley de Reforma Agraria era buena porque había unión y tenían que trabajar todos y daban tierras para que las trabajaran y no para que las vendieran ni anduvieran fregando al humano. Entonces les aconsejaban que no le pagaran a mi tío y los campesinos ya le debían como tres años y no le vendían arroz para su molino.

Según relató don Edmundo, la situación con los agrarios se fue volviendo cada vez más tensa y amenazaban a los que *no se querían afiliar al partido comunista* y dice que *mataron a varios campesinos a los cuales colgaron de los testículos. En la aldea Tierra Blanca, jurisdicción de Chiquimulilla, mataron a una maestra a la que primero amarraron entre cuatro estacas en el suelo y la violaron. Ya habían matado a varias maestras y recuerda que amenazaron a una maestra que era hija de don Samuel Rodríguez.*

A otra, hija de don Salvador Melgar, que eran vecinos de Chiquimulilla, a una maestra de nombre Amanda Mena que le decían 'Amandona' Mena, porque era muy grande y era mi prima y la Roselia Domínguez, las tenían en lista para violarlas y tuvieron que salir

huyendo del pueblo. Poco antes de la caída de Árbenz, su tío le dijo a su hijo Damián, que le fuera a cobrar a los señores que no le habían llevado el producto y también amenazaron a su tío.

Cuando comenzó la lucha con los grupos que se llamaban *liberacionistas*, suspendieron las garantías constitucionales y los agraristas salían a patrullar en las calles con las armas que tenían: *pistolas, machetes y garrotes*. Esta situación provocó mucho *bandalismo* pues empezaron a asaltar las tiendas que se encontraban abiertas después de las cinco de la tarde y en las cantinas se ponían a chupar y las dejaban sin licor.

Don Edmundo tendría unos 15 años y no le daba miedo esa situación. Una noche antes que cayera el presidente Árbenz, con su primo René se quedó cuidando la casa donde vivían con su tío quien les advirtió que no fueran a salir a la calle pues *había toque de queda* y si los agarraban los agraristas los podían matar. Porque, según contó, a su tío y a su primo Damián, les pedían la cabeza debido a que Damián les fue a cobrar a los agraristas que le debían a su tío y como no le quisieron pagar los penqueó y los andaban buscando para matarlos y ellos se encontraban escondidos y habían llegado a la casa a decir que si los encontraban les iban a quitar la cabeza.

Esa noche, en una esquina a media cuadra de la casa, vivía una familia de la cual ellos eran parientes y llegó a buscarlos una prima para avisarles que había muerto un muchacho que estaba enfermo y se llamaba Beto. Como eran parientes y solo estaba la muchacha con la viejita, necesitaban ayuda para tender al difunto.

Entonces su primo René le dijo: *Vas primero o voy yo pero como había estado de sitio y toque de queda, era peligroso estar en la calle y uno de los dos tenía que cuidar la casa.* Entonces don Edmundo le dijo: *Voy yo primero, quedate aquí, voy a ir a tender yo a Beto.* Y salió en seguida junto con su prima que era una joven de 15 años, y se dirigieron directo a la casa en donde estaba el difunto. Al llegar, entre los dos vistieron el cadáver y lo colocaron en una cama adentro de la casa y solo se quedaron su prima y la viejita velando al difunto. Don Edmundo le dijo a su prima que llegarían más noche a velar un rato cada uno con René ya que no se podía andar en la calle por temor a los agraristas porque si lo hallan a uno lo penquean y lo malmatan.

Don Edmundo sabía que el jefe del pelotón de los agraristas, era Beto Florián un amigo y compañero de trabajo, pues ambos trabajaban en la carpintería de Medardo Montepeque y además era vecino del barrio de abajo donde también vivía don Edmundo. Cuando don Edmundo salió para velar un rato al difunto, se dio cuenta que venía el grupo de agraristas y también venía Beto Florián quien traía una pistola colgada como que era cuatrero. El grupo de agraristas, agarró a don Edmundo y lo puso contra la pared y Beto Florián no obstante que lo conocía y eran amigos, en lugar de defenderme, se alejó del grupo y se hizo el baboso, en lugar de ir a defenderme, lo que hizo fue meterse en un sitio vacío que estaba cerca.

Recuerda don Edmundo que uno de los agraristas, el que lo tenía sujeto a la pared, le dijo: *¡Vos hijo de puta! ¿No sabes que están suspensas las gargantillas? Donde me dijo las 'gargantillas' me puse a reír. Porque yo era analfabeto pero si entendía algo y como yo había*

estudiado dos años y medio, sabía algo y sabía que lo que quería decir era garantías; y donde me puse a reír, más me prensaron a la pared. Entonces uno dijo: 'Muchá dejémoslo allí, demos la vuelta y si en la vuelta que vamos a dar si lo hallamos allí, volémole la cabeza'. 'Ta' bueno dijeron todos', y me pegaron ¡Tres planazos con el machete y me aventaron en la esquina! Cuando se alejaron, don Edmundo corrió y llegó a su casa, que estaba a media cuadra, y cuando su primo René lo vio le preguntó: '¿Vos, qué te pasó?' ¡Y no mirás, le dije, que los agrarios me agarraron y me ciñieron a planazos! '¡Ya te cortaban vos! Tenés bien marcados los planazos. Si querés', me dijo, 'tirémosle'. Entonces le dije: Fijate que me dijeron que van a dar la vuelta a la manzana y en la pasada aquí, si me encuentran me van a volar la cabeza. '¡Ah!, si querés', me dijo mi primo René, 'les tiramos'. ¡Ah, tirémosle! Y como en la casa tenía un rifle calibre 22 y una pistola del mismo calibre y mi tío tenía un revólver calibre 38, y mi primo había comprado una pistola calibre 22, fuimos a buscar las armas y las municiones y mi primo se sentó en una silla y se colocó en la puerta y yo me coloqué en la ventana para esperar que pasaran con las armas listas y el parque cerca. Mi primo quedó mirando para la esquina donde vivía mi prima y yo en la dirección opuesta.

Don Edmundo estaba furioso con Beto porque, no obstante de ser su amigo, no lo defendió, sino que al contrario, permitió que el grupo lo agrediera. Entonces le dijo a su primo: *Mirá, René, sabés a quien quiero tirarle, es a Beto Florián. Me dejás a Beto porque él es jefe del pelotón y se hizo el baboso, siendo tan amigos y compañeros de trabajo, dejó que me jodieran*

y se fue a meter al monte. ¡Dejámelo! A ese le voy a tirar yo. Y según indicó, practicaban el tiro al blanco con cajitas de fósforos y le acertaban con el rifle, era seguro que iban a matar a un montón. Llegaron al acuerdo de ir eliminando a los que aparecieran primero porque eran como 50 individuos y si permitían que llegara el grupo, era casi seguro que los matarían a ellos primero ya que no se darían abasto contra 50 sujetos. Don Edmundo le decía a su primo: ¡Ay!, pero al que quiero volarme es a Beto ya me agarró una gran cólera por no haberme defendido y sentí odio cuando empezaron a arderme los planazos y los puyones en el pescuezo. Pero gracias a Dios que ya no pasaron, si no, ya no estuviéramos contando el cuento. Al día siguiente, según refirió, cayó Árbenz y dijo: que todos los que habían estado jodiendo, robando a la gente y haciendo muchas iniquidades, tuvieron que salir huyendo y entonces fueron los cangrejos los que corrieron a los mapaches.

Pasada la caída de Árbenz, don Edmundo continuó trabajando donde don Medardo y en ese período cuando tenía unos 16 años, fue a conocer a su mamá. Como continuaba viviendo con su tío y también trabajaba con él, tenían una *servienta* solo para que les diera comida. Tenía el problema de no tener una persona que le lavara y planchara su ropa, por lo que se vio en la necesidad de buscar una señora para ese menester.

Cuenta que era muy responsable en su trabajo y algunas veces era necesario trabajar durante la noche y cuando tenía que trabajar por la noche, la señora que le planchaba no podía entregarle la ropa porque no había quién la recibiera en la casa. Al salir del trabajo, como era muy tarde ya no encontraba a la señora y pasaba

muchas dificultades para cambiarse la ropa. A raíz de este inconveniente, pensó que era mejor buscar una compañera para vivir porque *ya me hacía falta*.

Un día, su tío le propuso que trabajara por su cuenta. Don Edmundo le dijo que no tenía dinero. Su tío sorprendido le dijo: *¡Cómo que no tenés dinero! ¿Y no te paga Medardo pues? Y él respondió: Sí me paga. ¡Pero cuesta que me pague!* El tío le solicitó que hiciera la cuenta de cuánto necesitaba para comprar la herramienta necesaria para que se independizara y trabajara por su cuenta. Don Edmundo muy motivado, hizo la cuenta y para ese tiempo, solo necesitaba Q40.00 *que era bastante dinero* y su tío se lo prestó. Así fue como comenzó a trabajar solo. Abrió su taller en la casa de su tío quien le dio permiso para que trabajara en su casa. Días más tarde, se enteró que un señor, *tío de mi prima Melita*, tenía un banco de carpintería que no ocupaba y lo compró por la cantidad de Q5.00. Su tío le pidió la cuenta de cuánto gastaba en la compra de los fierros, que fue lo primero que compró después del banco. Después, el tío le proporcionó dinero para la compra de la madera para trabajar los fustes.

Cuenta, que en esos días que empezó a trabajar por su cuenta, ya estaba *de amores* con una joven que llegó a ser su esposa, con la cual vivió toda su vida y es la madre de sus hijos. Tenía 21 años y la joven, de nombre Elena, 19 cuando se unieron. Posteriormente, cuando sus hijos ya eran mayores, decidieron contraer matrimonio en el año 2000. Don Edmundo no pensaba unirse tan pronto pero una amiga le contó que los padres de Elena le habían *pegado por estar viéndose*

a escondidas con don Edmundo a la orilla del camino. La amiga le contó que Elena tenía el brazo *morado de los golpes que recibió*. Elena buscó a una señora para que le sobara el brazo porque lo tenía muy lastimado. Los padres la sacaron de la casa y Elena buscó ayuda con su tía Gina, quien la recibió en su casa. Ese día, Elena salió de la casa de sus padres *adolorida y morada* por los golpes recibidos, *no solo en los brazos sino que en la cara también*.

Cuando la amiga le informó a don Edmundo de lo sucedido, se dirigió a la casa de la tía y encontró a Elena y dice: *Y la voy viendo yo toda morada hasta de la cara donde le pegaron. Al verla me dio lástima y le pregunté: ¿En dónde vas a estar? Ella me dijo que allí con su tía Gina.* Don Edmundo le propuso que se fuera a la casa de Reginalda que era la mujer de su tío Alejandro. Elena salió de la casa de su tía para la casa de Reginalda ese mismo día. Por la noche, llegó don Edmundo y le dijo: *¡Ya no te vas a regresar a la casa de tus padres, son babosadas!* Reginalda le dijo que por él le habían pegado a la patoja y que cuidado se iba a burlar de Elena que no la fuera a abandonar. Don Edmundo le dijo que no pensaba abandonarla porque *la quería para su mujer*.

Elena le dijo que si él quería, ella podía ir a vivir con su hermano a Tiquisate, Escuintla. Ella le pidió que le consiguiera el dinero para el pasaje para poder ir a vivir con su hermano. Pero don Edmundo no lo permitió y así fue como mejor decidió unirse con la joven. Solo dos noches vivieron en la casa de su tío Alejandro. Después *busqué un cuarto para vivir solos y de allí comencé a trabajar por mi cuenta*.

Don Edmundo no quería que su tío se enterara de que ya tenía compañera de vida. Pero en un pueblo tan pequeño todo se sabía y, al enterarse, el tío llegó al cuarto y le dijo: *¡Ya te metiste a camisa de once varas! ¡Cuidadito porque hay que sabérsela poner! Mirá uno nunca debe poner a la mujer a canastear; o sea que trabaje para que lo mantenga a uno porque uno es el responsable del hogar y de mantener a la mujer. La obligación de la mujer es hacer la comida, lavar la ropa y tenerlo todo a sus horas a uno y la ropa limpia para el rato que uno quiera cambiarse. Porque no sirve andar buscando otras mujeres. Mirá lo que me pasó a mí por tener un montón de mujeres, ahora estoy solo.*

Don Edmundo agarró el consejo. Después un primo que se fue a los Estados Unidos le dijo: *Mirá, me voy a la chigada porque las mujeres me están acosando.* Su primo, que tenía tres mujeres con hijos, sólo quería hacerle ver que no era bueno tener otras mujeres para que no le pasara lo mismo que su primo estaba viviendo con las señoras. Don Edmundo atendió a los consejos y vivió con su esposa hasta que la muerte los separó en febrero de 2001.

Pasado un tiempo, don Edmundo rentó una casa en Chiquimulilla y mantuvo el taller de carpintería en la casa de su tío, para separar la vivienda del lugar de trabajo y en ese tiempo nació su primer hijo.

Cuenta que después de la Liberación hubo un tiempo en que el trabajo de producir fustes se había agotado y costaba venderlos porque los precios eran muy baratos

y estaba desilusionado. Por ese tiempo, su tío tenía un trabajador en un molino de nixtamal y descubrió que le estaba robando dinero.

Sucedió que su tío tenía una bolsa con monedas de 25 centavos que pesaba como unas 90 libras. Su tío compraba y vendía por libra productos de toda clase y las monedas de a Q0.25 las guardaba y las colocaba en una bolsa que tenía escondida en un tabique. Un día, el muchacho descubrió la bolsa y la robó.

Su tío no se había dado cuenta del robo pero una vez que fue a visitar a la señora que tenía en el pueblo, para su sorpresa, encontró al muchacho que trabajaba con él que iba con un bote de diesel. Su tío tuvo sospechas de qué podría haber llevado en el bote ya que compraba por toneles el diesel que usaba para hacer funcionar tanto la secadora de arroz como el molino de nixtamal y pensó que algo llevaba dentro del bote. Al llegar a casa, fue directamente a buscar la bolsa del dinero y no la encontró.

Entonces comenzó las averiguaciones para determinar cómo se produjo el robo. Tenía dos patojos que trabajaban *barriendo el beneficio*, uno de ellos le dijo que había visto cuando el muchacho sustrajo la bolsa con el dinero y, como se dio cuenta que lo había descubierto, le regaló un puñado de pisto para que se quedara callado. Su tío mandó al patojo con un *guachimán* (guardián) que cuidaba el beneficio, a la casa del muchacho para recuperar su dinero.

Después de recuperar el dinero, su tío tomó la decisión de cambiar al muchacho y mandó a llamar a don Edmundo. Le ofreció el trabajo que estaba desempeñando el muchacho ganando el mismo salario. Prefirió dar trabajo a su sobrino porque le tenía confianza ya que se había criado desde niño en su casa. Además, sabía manejar la secadora para el proceso del secado de arroz y también podía manejar el molino de nixtamal.

Don Edmundo consultó con su esposa el ofrecimiento de su tío. Doña Elena le dijo que *sería bueno hacer el trabajo que le estaba ofreciendo su tío ya que el negocio de los fustes no estaba bueno* y así fue como decidió trabajar un tiempo con su tío.

Con el tiempo, cuando de nuevo se independizó y continuó con la fabricación de fustes; y como era bien conocido por los talabarteros de Chiquimulilla pues les había trabajado desde que se inició en los trabajos de fustería; cuando se dieron cuenta que estaba trabajando otra vez por su cuenta, le dijeron: *¡Ah! vos, ahora nos vas a dar fustes vos porque preferimos tus fustes*. Las talabarterías que existían en ese tiempo ya desaparecieron y eran las talabarterías de Manuel Rosales, El Esfuerzo de Manuel Ávalos y La Sport de Chepe Domínguez.

Cuenta don Edmundo que estuvo alquilando cuatro años porque en ese tiempo, desde que se unió con su señora, le dijo: *Mirá mi ja, comprate un tecolote porque lo primero que tenemos que hacer es donde vivir; porque yo no quiero andar alquilando. Porque eso de andar alquilando, yo he visto muchas penas y está*

fregado. Compraron el tecolote ya que, según la creencia popular, se le atribuyen poderes mágico – religiosos de que el “pisto” (dinero) que se guarda en él, abunda. Una vez que adquirieron el tecolote, don Edmundo le dijo a su señora: *Te vas a agarrar la tarea de llenarlo sólo de fichas de a 25 centavos y yo también*.

Cuando consideraron que ya tenían cierta cantidad de dinero, comenzaron a buscar un sitio para comprarlo y construir la vivienda. Llenaron el tecolote y compraron otro de tamaño más grande y continuaron llenándolo. En eso, su tío compró una casa de esquina y le dijo: *¿Por qué no te pasás a esa casa que le acabo de comprar a Agustín Morales? Tiene tres cuartos y solo me pagás Q15.00 mensuales de renta*. Don Edmundo aceptó y se pasó a vivir a ese lugar. En el sitio de la esquina, hizo una galerona de palma bien grande y amplió su taller ya que tenía nueve operarios trabajando, quienes habían aprendido el oficio en otros talleres.

Un día, decidió ir a dar un choteón (vistazo) a la capital. La capital le era familiar pues cuando era niño, iba con su papá a la Placita Quemada y al Mercado Central. Antes de salir con el producto, escribió su nombre y dirección en cada fuste y los vendió en la Placita Quemada y, a raíz de esa idea, su negocio comenzó a crecer pues a los talabarteros que los compraban en la capital les gustó su trabajo y comenzaron a hacerle pedidos grandes, los cuales enviaba por “encomienda” en la camioneta de ruta. Cada encomienda llevaba el nombre del destinatario y, luego, don Edmundo les avisaba por medio de telegrama el envío de los fustes para que los fueran a recoger a la Plaza de los

Ferrocarriles en la 18 calle y 9ª Avenida, lugar donde estaba la estación de las camionetas que cubrían la ruta de Chiquimulilla.

Para ese tiempo, el precio de un fuste era de Q3.00 y se fabricaban de madera de morro. Además de vender en la capital, sus fustes también se vendían en Gualán, Zacapa; Camotán y Esquipulas, Chiquimula. La expansión de la venta de sus fustes se debió a la calidad del producto que elaboraba ya que los clientes ni siquiera lo conocían. Los pedidos los hacían a través de cartas que le enviaban de diferentes municipios, especialmente del oriente de la República.

En una ocasión lo visitó su padre, quien ya había dejado el trabajo de carpintería y se había dedicado al negocio de comprar y vender maíz y le dijo que iba a vender la casa para comprar un sitio *cerca de la gasolinera y necesitaba que le prestara Q200.00* para ajustar el total del dinero. El padre le dijo que no quería vender en ese momento los 500 quintales de maíz que tenía almacenados porque estaba muy barato. Necesitaba esperar para que el precio del maíz subiera otro poco más.

Don Edmundo le dio el dinero y su señora no estuvo de acuerdo porque pensó que no le iba a devolver el dinero. Doña Elena continuó diciéndole: *'Tu papá ni el dinero ni el sitio te va a dar. Ya ves a su mujer, no te quiere siempre te trata mal'. ¡Si hombre! Le contesté, de todos modos, es mi papá.* Después que recibió los Q200.00, *mi padre se ausentó como unos seis meses y no me devolvió el dinero ni me dio el sitio.* Volvió a ahorrar dinero para reponer el que le dio a su padre.

Cuando el tecolote grande estaba lleno, lo quebró y tenía Q200.00 solo en monedas de a veinticinco centavos. Con ese dinero, compró el terreno donde vive actualmente que tenía una extensión de 30 metros de frente por 18 de fondo.

Atrás de su terreno existían unas pocas viviendas que no tenían paso y les vendió una franja que se convirtió en el callejón que comunica a las viviendas de los vecinos con el resto del pueblo. Esto aconteció en 1970 porque a los dos años de haber comprado el sitio, empezó a hacer su casa. Cuenta que contrató a un albañil para la construcción de la vivienda. El sitio estaba *más alto del nivel del suelo y hubo necesidad de remover tierra hasta nivelarlo al resto del terreno.*

Regaló bastante tierra de la que extrajeron y, de la misma tierra, le fabricaron los adobes que sirvieron en la construcción de su vivienda. Su casa está construida con *1,400 adobes*. La construcción de su casa tuvo un costo de *Q1,200.00, que ahora, considero barato.* No así para la época en que se construyó. Cuenta que en esa casa nació su hija más pequeña. El resto de los hijos e hijas, nacieron en la casa propiedad de su tío. En esa casa nueva fue donde conoció a los talabarteros del municipio de Taxisco. Uno de ellos, Carlos Lechuga, se dio cuenta que hacía fustes y le fue a pedir unos.

Mientras don Carlos Lechuga trabajaba en la elaboración de las sillas de montar con los fustes elaborados por don Edmundo, llegó un señor procedente de Escuintla llamado Juan Álvarez con su hijo Juan Álvarez que era su operario, a instalar su talabartería en Taxisco. Un día, el señor Álvarez lo vio pasar con dos fustes y le

dijo: '¿De dónde viene usted?' De Chiquimulilla, le contestó don Edmundo. ¿Vende los fustes? Le preguntó don Juan. *Estos ya están encargados*, le dijo don Edmundo. ¿Y si le encargo me vende unos? Le preguntó don Juan. *Sí*, dijo don Edmundo. *Entonces hágame una mi media docena, me gusta su fuste. Yo traigo de Escuintla pero me gusta su fuste*, dijo don Juan.

Y así fue como lo fueron conociendo los talabarteros de Taxisco, porque los demás talabarteros del lugar fueron operarios de don Juan Álvarez. Cuenta don Edmundo que en ese tiempo solo hacía fustes corrientes pero también comenzó a hacer para sillas tipo galápago para mujer. Y cuando comenzó a trabajar para los talabarteros de Taxisco, empezó a elaborar *fustes para sillas tipo tejanas, silletas y galápagos para hombre*.

Actualmente, don Edmundo produce fustes corrientes que son los que más se usan en la vaquería y son más baratos. Los demás tipos de fustes los hace sólo por encargo. Principalmente trabaja para los talabarteros de Taxisco. Los fustes especiales son para sillas tipo tejana, que se usan mucho en los desfiles hípicas; fustes para sillas tipo McClellan, que llevan un fuste especial con una armadura de metal para que resista; fustes para sillas tipo peruana y galápagos de hombre, que son las que usan los yoquis en las carreras de caballo.

En la actualidad el precio de los fustes corrientes es de Q120.00 y para las sillas especiales, varía. Por ejemplo, el fuste para silla tejana cuesta Q250.00, el McClellan grande, Q250.00 y el pequeño Q150.00. Los fustes también tienen precios diferentes según el tipo de manzana solicitada. Un fuste especial con medidas más

grandes que lo normal, elaborado en madera de cedro y con manzana tipo poblano, cuesta Q350.00. Las diferentes formas de manzana que tienen los fustes son: *de bolita, tumbado, colima y poblano*. Para actividades de vaquería se usa el fuste con manzana tipo bolita. También hace fustes para las silletas que se usan en las bestias para jalar carretas. Los fustes de las silletas son especiales, sólo se producen por encargo y tienen un costo de Q90.00.

Actualmente, la mayoría de fustes se fabrican en madera de mango y sólo los produce por encargo ya que cuesta mucho su elaboración por lo escaso de la madera. Además de los talabarteros de Taxisco y Chiquimulilla, Las personas que se los encargan en casos esporádicos, son de Chimaltenango.

Además de don Edmundo, en Chiquimulilla existen 12 fusteros más. Pero don Edmundo y don Francisco Quezada, que trabaja con él en su taller, son los más antiguos. Refiere que ya se siente cansado de hacer este trabajo *pero tengo que seguir trabajando para mi mantenimiento pero siento que ya no aguanto. Ya no soy el mismo de antes cuando viajaba a la ciudad de Guatemala y andaba caminando para vender mis fustes*. Pero ahora, dice que de su casa al parque de Chiquimulilla camina pero ya no tiene energía para regresar caminando sino que tiene que tomar un taxi para que lo traiga de regreso.

Además de dedicarse a la elaboración de fustes, trabajó en la agricultura por muchos años. Sembró arroz, maíz, maicillo y ajonjolí. Con la venta de esos productos construyó un cuarto de su casa. Actualmente ya no

trabaja en la agricultura porque ya no *aguanto para efectuar esa labor*.

En el año 2001, falleció su esposa a consecuencia de una úlcera gástrica *que hacía tiempo que la tenía enferma*. Ahora vive solo en la casa y de vez en cuando lo visita uno de sus hijos y esporádicamente algunas de sus nietas.

Al preguntarle sobre homenajes recibidos por su excelente trabajo, dijo que en el Centro de Estudios Folklóricos de la Universidad de San Carlos, que montó una exposición de productos de cuero de Taxisco, en donde se exhibieron sus fustes y varios artículos y se dio a conocer su trabajo, se le otorgó un diploma. Y una vez en la feria patronal de Chiquimulilla, que se celebra del 1 al 4 de mayo dedicada a la Santa Cruz, en donde exhibió uno de sus fustes, le dieron otro diploma de reconocimiento a su excelente labor.

Hay otra fiesta importante en la población de Chiquimulilla, que se celebra del 21 al 25 de diciembre. En 2006, una joven preparó una exposición y le pidió que participara con la presentación de sus fustes.

Todo el trabajo desempeñado por más de cuarenta años, lo ha realizado con sus propios recursos económicos. Dice que jamás hizo préstamos a bancos o a instituciones financieras para invertir en el negocio. Todo fue realizado por esfuerzo propio. Comentó que existe una persona que se está tomando el empeño de dar a conocer las artesanías de Chiquimulilla y quiere gestionar ante las instituciones que ayudan al pequeño empresario la

posibilidad de crear mini empresas para que tengan la oportunidad de promover sus artesanías, así es como se ha ayudado a los artesanos del altiplano guatemalteco.

Don Edmundo mostró interés en que se implementen esos programas en Chiquimulilla y deseó acompañar al promotor en una visita a una institución financiera en la ciudad de Guatemala durante tres días en octubre de 2006, a la que lamentablemente no pudo asistir debido a que su papá estaba enfermo y tenía que cuidarlo. Don Edmundo le sugirió al promotor que se hiciera acompañar de otro fustero pero ya no supo si la actividad se llevó a cabo.

Actualmente don Edmundo continúa trabajando en la elaboración de fustes con la ayuda de don Francisco Quezada, quien también ya es anciano. Vive solo en su casa donde tiene su taller, después de la muerte de su esposa, pues sus hijos e hijas se casaron y formaron sus propios hogares.

Su avanzada edad no le permite trabajar en la agricultura pues es un trabajo muy cansado y comienza a resentirse del trabajo de la carpintería porque, según indicó *siento que ya no aguanto ya no soy el mismo de cuando joven y sólo puedo con esfuerzo elaborar un fuste diario*.

En realidad no sabe cual será su futuro ya que tiene que continuar trabajando para su sostenimiento *mientras aguante*. Ocurre a la mayoría de personas ancianas en Guatemala que después caen en la miseria si no tienen hijos o parientes que los protejan.

Mientras pueda seguir trabajando, se puede contar con que seguiremos viendo sus magníficos fustes que son cotizados tanto en Guatemala como en el extranjero y representan un importante legado para las artes y artesanías populares de Guatemala.

Bibliografía

Esquivel Vásquez, Aracely 1997, **Artesanías de Cuero del municipio de Taxisco, Santa Rosa**, Tradiciones de Guatemala. No. 47, Centro de Estudios Folklóricos, USAC, Guatemala, Guatemala, Págs. 123 a 155.

Esquivel Vásquez, Aracely 1999, **Cuero Vaquería y Monturas de Taxisco, Santa Rosa**, Catálogo de Exposición –Venta, CEFOL-USAC, Guatemala, Centro América.

Esquivel Vásquez, Aracely 1998, **La Producción de Fustes para sillas de montar en el municipio de Chiquimulilla, Santa Rosa, Guatemala**. La Tradición Popular No. 120, Centro de Estudios Folklóricos USAC, Guatemala.

Esquivel Vásquez, Aracely 2006, **Historia de vida del maestro talabartero José Luis Morales Carbajal**. La tradición Popular No. 159, Centro de Estudios Folklóricos USAC, Guatemala.



Carlos René Sierra Romero observa el fuste elaborado por don Edmundo.



Banco de trabajo donde arma los fustes en su taller.



Fuste tipo macClellan.



Fuste terminado elaborado en madera de cedro con manzana tipo poblano.



Estribos para silla de montar tipo tejana.



Don Edmundo Vásquez conversa con la investigadora Aracely Esquivel Vásquez.



Don Edmundo en su taller muestra un fuste con manzana de tipo colima.



Fuste terminado con manzana tipo colima.



Don Edmundo explica a Aracely, las partes en que se compone un fuste.



Maestro fustero, don Francisco Edmundo Vásquez Cardona.



Don Edmundo Vásquez cuenta a la investigadora cómo se elabora la manzana tipo poblano.



Don Francisco Edmundo Vásquez Cardona, fustero tradicional de Chiquimulilla, Santa Rosa, Guatemala.



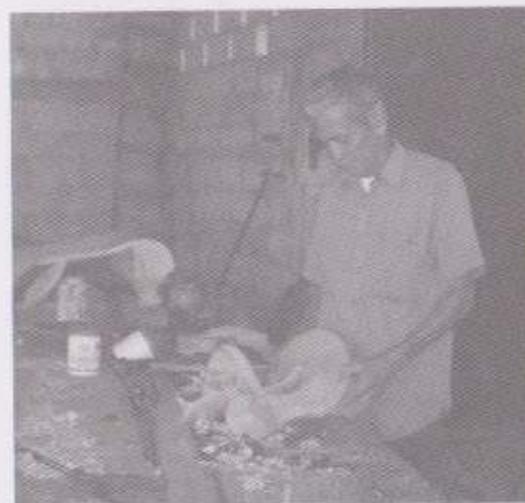
*Don Edmundo muestra dos fustes:
Uno con manzana tipo colima y el otro de tipo poblano.*



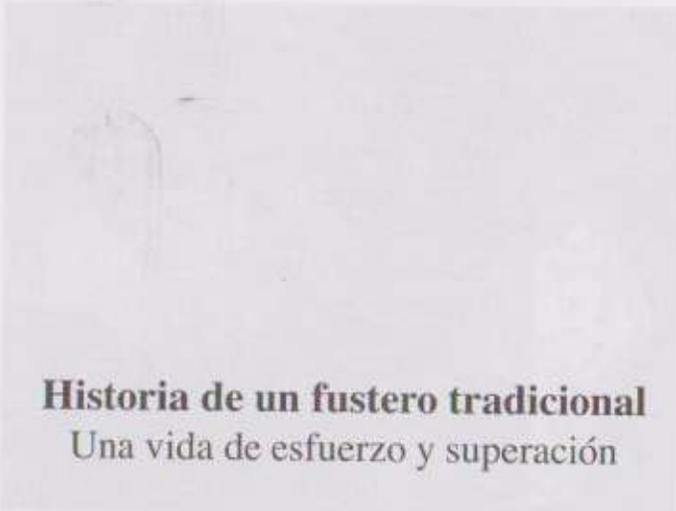
Don Edmundo toma notas del pedido de un fuste.



Don Edmundo relata su vida a la investigadora, en su casa de habitación.

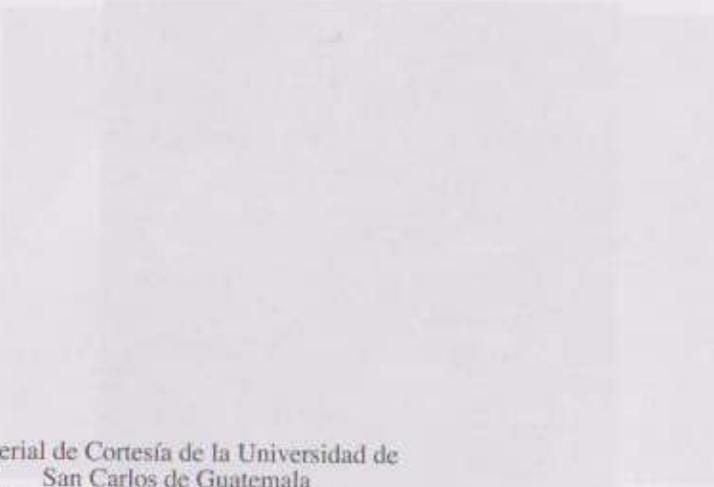


Don Edmundo da los últimos retoques a un fuste.



Historia de un fustero tradicional
Una vida de esfuerzo y superación

se terminó de imprimir en los
talleres de Litografía Jireh
14 Avenida 8-47, Zona 1
La edición consta de 500 ejemplares.



Material de Cortesía de la Universidad de
San Carlos de Guatemala
Dirección General de Investigación
Centro de Estudios Folklóricos
Prohibida su venta.